

Habiendo pecado el ser humano, Dios se mostró magnánimo al prever la victoria que le concedería por medio del Verbo. Pues, como «el poder se muestra en la debilidad» (2Cor 12, 9), ésta hizo brotar la benignidad y magnificencia del poder de Dios. En viejos tiempos permitió que la ballena tragase a Jonás, no para que lo absorbiera y lo hiciera perecer, sino para que, vomitado, más se sujetara a Dios, diera gloria a aquel que de modo tan inesperado le había devuelto la salvación, y predicara a los ninivitas una seria penitencia para que se convirtiesen al Señor que los podía librar de la muerte, al ver con temor aquel signo que se había realizado en Jonás. Esto afirma de ellos la Escritura: «Y se volvieron cada uno de su mal camino y de la injusticia de sus manos, diciendo: ¿Acaso Dios se arrepentirá y retirará de nosotros su ira, para que no muramos?» (Jon 3, 8-9).

Como se ve, desde el principio Dios tuvo paciencia con el hombre tragado por la ballena al cometer la prevaricación, y no lo dejó morir del todo; sino que planeó de antemano y preparó la venida de la salvación que el Verbo realizaría mediante el signo de Jonás, en favor de los que tuvieron en el Señor la misma fe que tuvo Jonás, y lo confesaron diciendo: «Yo soy un siervo del Señor, y rindo culto al Señor Dios del cielo que hizo el mar y la tierra» (Jon 1, 9). Así lo hizo a fin de que el hombre, acogiendo la salvación, se haga inseparable de Dios, resucite y glorifique al Señor con la misma voz de Jonás: «Clamé al Señor mi Dios en mi tribulación, y me escuchó desde el seno del infierno» (Jon 2, 2), y permanezca siempre glorificando a Dios y dándole gracias por la salvación que éste le ha brindado, «de modo que ninguna carne se gloríe delante del Señor» (1Cor 1, 29), ni acepte acerca de Dios ninguna idea contraria, pensando que la incorrupción prometida es cosa que le pertenece por naturaleza. Esto sería dejar de lado la verdad, para jactarse con vana altivez de ser igual a Dios por naturaleza. Una tal actitud ha vuelto al ser humano más ingrato con aquel que lo ha hecho, lo ha ofuscado para no ver el amor que Dios le ha tenido, y le ha cegado los sentidos para que no alcance a ver la dignidad de Dios, cuando se compara con Dios y se juzga a sí mismo igual a él.

Esta ha sido la generosidad de Dios: que, habiendo el ser humano experimentado todo, le diera a conocer la Ley; que en seguida lo hiciera llegar a la resurrección de entre los muertos, a sabiendas de la experiencia por la cual ha sido liberado. De esta manera siempre deberá agradecer al Señor, una vez conseguida la incorrupción, y amarlo más, pues «más ama aquel a quien más se perdona» (Lc 7, 42-43). (El hombre) conociéndose a sí mismo como débil y mortal, entienda que Dios es a tal punto inmortal y poderoso, que concede al mortal la inmortalidad y al temporal la eternidad; y también comprenda todo el poder de Dios que se ha manifestado en el mismo (hombre), a fin de que advierta cómo el mismo Dios le ha enseñado su propia grandeza.

Porque la gloria del hombre es Dios. Y, a su vez, el ser humano es el recipiente de toda la obra de Dios, y de su poder y sabiduría. Así como el verdadero médico muestra serlo al curar a los enfermos, así también Dios se manifiesta a los hombres. Por eso Pablo dice: «Dios ha encerrado a todos en la incredulidad, para tener misericordia de todos» (Rom 11, 32). Al decir esto no se refiere a «Eones espirituales», sino al ser humano que desobedeció a Dios y fue echado de la inmortalidad, y más tarde alcanzó la misericordia al dársele mediante el Hijo de Dios la filiación que ha conseguido.

San Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses III*, 20, 1-2

Por eso el Señor mismo nos ha dado «un signo en lo profundo, o en lo más alto» (*Is 7, 11*) que el ser humano no pidió, pues ni siquiera podía soñar en una virgen preñada, o que una virgen pudiese dar a luz a un hijo y que el así dado a luz fuese «Dios con nosotros» (*Is 7, 14*) y que descendiese a lo más hondo de la tierra «para buscar la oveja perdida» (*Lc 15, 4-6*) (es decir, su propio plasma), y retornase a las alturas (*Ef 4, 10*) para ofrecer y encomendar al Padre a los seres humanos, haciendo de sí mismo la «primicia de la resurrección» (*1Cor 15, 20*) del hombre. De manera que, así como «la cabeza» resucitó «de entre los muertos», así también todo «el cuerpo» resucitará (es decir, todo ser humano al que encuentre en vida, una vez cumplido el tiempo de su condenación por la desobediencia) «de quien a través de los nervios y ligamentos recibe el crecimiento que Dios quiere» (*Col 2, 19; Ef 4, 16*), manteniendo cada uno de los miembros el propio lugar que le conviene en el conjunto del cuerpo (*1Cor 12, 18*), pues muchos son los miembros de un cuerpo, así como «muchas mansiones hay en la casa del Padre» (*Jn 14, 2*).

San Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses III, 19, 3*

Gedeón el israelita (*Jue 6, 37*), a quien Dios eligió para que salvase al pueblo de Israel del dominio de los extranjeros, previó la donación de esta gracia, cuando cambió la petición acerca del vellón de lana, sobre el cual primero había caído el rocío, que era tipo del pueblo; así profetizó la aridez que habría de venir; esto es, que ellos ya no tendrían de parte de Dios al Espíritu Santo, como dice Isaías: «Y mandaré a las nubes que no lloven sobre ella» (*Is 5, 6*). Sobre toda la tierra caía el rocío, esto es, el Espíritu de Dios que descendió sobre el Señor: «Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y virtud, Espíritu de piedad y ciencia, Espíritu del temor de Dios» (*Is 11, 2-3*), el mismo que también dio a la Iglesia al enviar desde el cielo al Paráclito sobre toda la tierra; por eso dice el Señor que el diablo fue arrojado como un rayo (*Lc 10, 18*). Por este motivo necesitamos el rocío de Dios, para no quemarnos, ni volvernos infructuosos, y para que, teniendo un acusador, tengamos también al Abogado.

El Señor encomendó al Espíritu Santo al hombre que había caído en manos de ladrones y del que se compadeció, vendó sus heridas y le dio dos denarios: para que, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha dado, y lo devolvamos multiplicado al Señor.

San Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses III, 17, 3*

Desde el principio Dios plasmó al ser humano para ser vaso de sus dones; eligió a los patriarcas para su salvación; formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando él nada, concedió a los necesitados la comunión con El. Como un arquitecto proyectaba la construcción de la obra salvadora en favor de aquellos que hacían su beneplácito, guiándolos en Egipto sin que ellos lo advirtieran. Cuando andaban errando en el desierto, les dio la más adecuada de las leyes; a los que entraron en la tierra buena les concedió una digna heredad; para quienes se convertían al Padre mataba el novillo cebado y los hacía vestir con la mejor de las túnicas (*Lc 15, 22-23*). De muchas maneras preparó al género humano a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía. Por eso Juan dice en el Apocalipsis: «Su voz como el sonido de muchas aguas» (*Ap 1, 15*). Pues en realidad son muchas las aguas del Espíritu de Dios, porque el Padre es rico y grande. El Verbo pasó por todas ellas, prestando generosamente su auxilio a quienes se le sometían, escribiendo una ley conveniente para cada creatura.

San Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses IV, 14, 2*